

Para mi recordo
de profesor de
número 10,
como una mano
tra, de mi ca-
rino,

su affus,

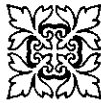
Antonio Carlos O.

Oct. 27. 913.

ARTÍCULOS

ARTURO CASTRO SABORÍO

ARTÍCULOS



IMPRESA ALSINA
SAN JOSÉ DE COSTA RICA. C. A.
1913

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	VII
Claro de luna	1
A la muerte de León XIII	4
Concepto de la crítica	8
Misa verde.....	11
Nelly.....	17
Concepto de la novela.....	22
Con Eugenia	26
Ante la tumba.....	32
Ibis	42
Bohemia sentimental.....	47
Luzbel.....	52
A Enriqueta Atmella	56
Saliendo del Colegio	59
Cuartillas	63
Del literarismo	70
Tus manos.....	77

INTRODUCCION

*Arturo Castro murió a los veinte años, cuando ya cur-
saba el segundo de Derecho, cuando la reflexión y el estu-
dio en él comenzaban a dar sus frutos. Si la muerte no le
detiene en el camino, sus producciones habrían sido más
abundantes y sazonadas, y de seguro habría llegado a ser
un escritor estimable. Prueba de ello son los artículos que
en este cuaderno se han reunido. A causa de la edad en
que su autor los escribió, talvez tengan muchos lunares que
el ojo avizor del crítico estéril echará de ver en seguida: se
publican, sin embargo, porque no se quiere que permanez-
can perdidos los esfuerzos valiosos que en favor de las le-
tras patrias hizo, en la mañana de la vida, uno de sus cul-
tivadores más entusiastas.*

*Son auras de primavera que refrescan el alma y que nos
traen a los amigos de Arturo, un poco del perfume que
derramaban su bondad intensa y su delicadeza esquisita.*

JOSE FABIO GARNIER

*Costa Rica
Octubre de 1913.*

CLARO DE LUNA

EL viejo sabio cuya fama era ya universal, salió de su gabinete en aquel atardecer, para refrescar sus sienes fogosas en el campo y descansar un tanto de sus tareas de investigación científica que durante aquel día habían sido arduas. Todas las gentes que lo vieron pasar lo miraron con cierto interés; pero él no parecía interesarse por nadie ni por nada que no fuese la consecución de la verdad. Se diría que en aquel hombre las impresiones se operaban de dentro para afuera y no de afuera para dentro. Tal denotaba aquel semblante contraído por una contemplación interior intensa y pertinaz. Era una frente dilatada y como pulida por el roce de las horas de meditación. Su mirada llevaba en sí la chispa del pensamiento que era para él como una lamparilla que le alumbraba en sus exploraciones por las galerías tenebrosas de lo des-

conocido. Era una fisonomía de la cual parecía desprenderse una potencia sutil asaz singular.

Había en el crepúsculo una efusión de amarillos llenos de languidez. En el aire morían los escasos rumores. El espíritu del sabio estaba cargado de angustia escéptica. Pensaba que toda ley formulada trae consigo nuevos esfuerzos por alcanzar otra ley más comprensiva, y si esta llega a enunciarse, entrañará nuevas especulaciones para hacerla más generalizadora y para que rijan una cantidad más grande de fenómenos naturales.

Conforme se retiraba más de la ciudad se hacían más personales y más íntimas sus reflexiones, estimulado por esa sensación de estar solo, de tenuidad tan infinita y que tan plenamente se dilata en el espíritu.

Poco a poco se extendían más y más por el campo las penumbras precursoras de la noche.

El sabio se decía para sí mismo que el ideal de la ciencia consiste en que ésta llegue a fijar una ley tan comprensiva y tan honda que rijan todos los fenómenos de la naturaleza, y luego se confesó a sí mismo que en ello había cierto fermento de sueño poético.

¿Por qué el único resultado de la misma ciencia poseída señala nuevos rumbos de investigación? ¿por qué conforme se avanza más en el campo de las verdades filosóficas más se ensanchan los horizontes de la duda? Eso de que la verdadera sabiduría consiste en saber que se sabe menos cada día inquieta hondamente a la humanidad hace siglos de siglos.

En esto el viejo sabio detuvo la marcha y se quedó mirando en un claro de luna que se sucedió... las sombras de todas las cosas cómo se acentuaban más cuanto mayor era el resplandor del plenilunio. Y en ello no todas las anteriores reflexiones imaginizadas anteriormente. Ah! La ciencia es así; una luminaria demasiado exigua y débil con cuya luz apenas consigue acentuar y multiplicar las sombras infinitas.

17. Set. 1903.

A LA MUERTE DE LEÓN XIII

(ELEGÍA)

I

El árbol que cae en la selva, abrumado de años y abrumado de frutos, deja en la tierra con su caída una impresión tanto más honda y extensa, cuanto más grande y corpulento sea.

Existen hombres en cuyas prominencias hay la línea de la cúspide que llena las lejanías del horizonte con vasta majestad; y cuando la fría fatalidad de la muerte, como una hacha, sobre ellos cae, hay una impresión de dilatación en la tierra, más intensa que la producida por el árbol de la selva.

II

Extendía paternalmente sus ramajes este árbol anciano y venerable y eran tan altos

que estaban muy cerca del profundo azul—
y los pensamientos excelsos, y los sueños
de hermosura evangélica, venían a ellos,
como aves del cielo a pender sus nidos; pe-
ro he aquí que un viento de tempestad azo-
tó sus follajes y se llevaba las hojas, que
ya amarilleaban...

III

La Muerte despierta a esa cosa que duer-
me el más inquieto de los sueños, el alma.

La Muerte es una voz.

Esta voz manda a hacer luz en el más
tenebroso de los caos, el corazón humano.

Hay un espacio intermediario entre la
vigilia y el sueño, en el cual, ni tocamos la
realidad de aquélla, ni lo irreal de éste, pe-
ro sí entrevemos ambas cosas vagamente.
Ese espacio intermediario de que hablo es
comparable al fenómeno de la vida. Hay
espíritus que se rozan más de cerca con la
realidad de que primero hice mérito; tam-
bién hay espíritus que se sienten como man-
chados con ese roce y entonces se acercan
más a la irrealidad amable del sueño. El es-
píritu de León XIII era de éstos.

IV

Trascurrían los instantes y el cierzo de la Muerte, que es un soplo del cielo, seguía trayendo y trayendo nubes de los ámbitos más sombríos, hasta que por fin cubrió de nubes siniestras a ese Astro que iluminaba con la suavidad de una sonrisa de madre, en la enorme navegación de la noche humana...

V

León XIII era la más alta personificación de la Esperanza, ese punto luminoso que envía sus fulgores eternamente a la Humanidad, que tantea en la sombra. Hoy hace doce días que dejó de existir este sacerdote de la grandeza que sonrío. Este impulsador del progreso ha desaparecido pero nos ha dejado su armoniosa sonrisa flotando por sobre toda la obra de su vida, lo que es como su alma palpitando todavía.

Aquella sonrisa era profunda: había en su fondo, si posible es admitir que lo tuviera, la fecundidad de la luz de la sabiduría, lo ideal que hace inclinarse a las fuerzas, la mansedumbre evangélica, la acción religio-

sa llena de suavidad, el perdón, la luz y la fuerza del fervor, el deseo de armonía universal, el presentimiento de la Suprema Belleza, el hechizo de la vida santa, y todos sus ensueños de poeta social que le hacían entrever una mayor conformidad de las proporciones constitutivas del edificio de la humana sociedad, con los principios de lo verdadero, de lo bueno, de lo justo y de lo bello...

Este impulsador del progreso ha desaparecido, pero nos ha dejado su armoniosa sonrisa...

CONCEPTO DE LA CRÍTICA

EL instrumento de la crítica, al cual tanto valor científico le dio Taine en época contemporánea, tiene del microscopio y tiene del telescopio. El criterio literario debe resultar, en efecto, de una doble acción: la del análisis y la de la síntesis, esto es, en primer término, expresar parte por parte y partícula por partícula, la connotación de una obra según su propio concepto, y luego, en segundo término, expresar en conjunto la generalización que formulare sobre aquella misma obra, sometida ya con anterioridad a una anatomía literaria.

Tengo para mí que el fallo literario-artístico de un juez crítico que conoce de una obra y de un autor, no pierde nunca su exclusivo valor unipersonal porque un grupo humano más o menos grande esté de acuerdo con él. La certeza a que puede alcanzar la crítica será siempre subjetiva.

Sus referencias se dirigen a determinar cualidades a los sentimientos e ideas que le despiertan la doble contemplación del detalle y del conjunto, pero estas cualidades en realidad son muy diferentes de las que juzga como de la propiedad atributiva de la obra y del autor, sencillamente porque no sufrieron alteración ninguna, como las que fueron determinadas, a través de las formas ideales de la percepción crítica. Ahora, el hecho de que un grupo humano esté de acuerdo con el fallo de un crítico, no falsea mi aserto, pues no significa sino que la naturaleza de esos criterios participa de índoles iguales o parecidas.

El crítico habla siempre de sí mismo, su pensamiento está siempre recluído en su propia personalidad, prisionero con los cerrojos de sus propias convicciones; su juicio será siempre, aunque parezca paradójico, un vuelo enjaulado.

Para que la crítica llegase a ser de serenidad absoluta, limpia de todo personalismo, sería necesario que las formas ideales de la mente del crítico a través de las cuales percibió la producción artística, se convirtieran en las formas ideales de la mente del productor a través de las cuales percibió la na-

turalidad y la continuó en su obra infundiéndola su vida misma con toda la expresión de la originalidad de su organismo literario. Pues bien, la crítica, en última instancia, no vendría a ser sino un avatar consciente del alma del que juzga a el alma del que produce.

MISA VERDE

HEME aquí. Soy el Dios-Absintio. De muy raras esmeraldas nectáreas formaron mi veste. Flúido de miradas verdes de ninfas hecho líquido. Tal soy.

He sofocado la gravitación del silencio y de la angustia. Enciendo la brasa vibradora del pensamiento en los cerebros nuevos. En mi luminoso nido glauco aletea su luz el ave-verbo. Las esencias de las almas soñadoras desprendo. Abismos de poesía bajo los cráneos rasgo. Me escancia una divinidad angelina que se llama Ensueño, que solo lleva el alivio de su batir de alas a los hombres de los que demandan el remanso edénico de las soñaciones. La brasa pongo en los labios y en los besos durmientes de las bocas, el azoramiento. Luz goteo en la sangre y fustigo la circulación; de ahí los efímeros rosados en las caras marfileñas de los trovadores. Extiendo en la fantasía redon-

deces de cuerpos ciperinos y en las bocas muy frescas pongo el sonreír que inyecta la locura en las venas.

Se oficia la misa verde. Turba de rimadores incorregibles, los sacerdotes. Las carcajadas, cómo repican! En el templo inciensan las bocas el humo del tabaco.

Oran los sacerdotes pálidos. Las oraciones tienen una alegría triste que da a la sensibilidad una punzada nueva.

René Noël improvisa sus trovas impetuosas: ruge el joven león lírico el caudal de sus ideas demoledoras. Su rugido es rugido armónico. Danton rimando su pensamiento tempestuoso.

René Noël bebe para atenuar la violencia de sus sentimientos, para enfrenar los bríos de su fantasía.

No hay órgano en la capilla lírica; es un violín el que suena sus tropas melódicas de gorgeos bajo el arco de un poeta músico.

Es Reynaldo Brum, buscador de los tesoros orquestales de la naturaleza: esos concertantes que produce el soplo huracanado en los árboles, de los arroyos de viento esa dulzura de notas, de los riachuelos esos arpegios de risa cristalina. Complaciase en

observar lo sinfónico de la emoción cuando se atavía con la palabra. «Lo que calla mi pluma en el silencio de la impotencia, decía Reynaldo Brum, lo cuenta el arco de mi violín».

Toda la atención pende ahora de los labios graves de Oscar Barrés, el cual habla reposadamente, tono profético vertiendo en la verba:

—Vendrá una silenciosa revolución: La Poesía abandonará los palacios encantados de las Mil y una noches y se refugiará en los palacios maravillosos de la naturaleza. Ya no puede volar la Fantasía! El conocimiento experimental ha llegado más allá, conoce regiones en las cuales aquella no ha posado su vuelo... Aquí detuvo su discurso, escanciaron sus ojos luz de ironía y sus labios adquirieron la expresión de la captura de la risa... y dijo: Queréis ayudarme a ponerle de nuevo las alas cortadas a la Fantasía?...

Una carcajada sonó. Fue larga, fue elocuente, tenía vibraciones sardónicas, vibraciones acerbas.

Oliverio Mistral, el filósofo-poeta habla en estos momentos. Su voz ronca tiene inflexiones indiferentes y a veces inflexiones de convicción:

—Todo tiene sombra. La tristeza es la sombra de la luz misma. Tener desengaños es aumentar la propiedad de lo que tenemos como verdadero. El radio de lo que no conocemos es el radio del anhelo. Alumbrar es lo ilimitado y lo eterno. Lo grande no empequeñece porque no concluye. El bien que nos suministra la luz es apenas el de hacernos conocer más sombra, más sombra... Beneficio negativo.

Quién sepulta el deseo? El deseo no muere nunca, es como el dolor, no tiene sepulturero. Y he aquí que la felicidad es la flor imposible que perfuma junto a la fosa del deseo y del dolor.

La filosofía contrajo con amargura la boca de los oyentes. El silencio que produjo, ¡qué profundo! y los pensamientos se internaron muy adentro y rehusaron el vocablo.

Nada más que el agitarse nervioso de una pluma sobre las cuartillas se escucha. Es el más joven de todos el que escribe. Edmundo Ménard sólo tiene 21 años. Oscar Barrés contemplaba la luz enferma de sus ojos de sombra, la palidez de su cara de líneas tristes y la nerviosidad de sus movimientos. Hombre que diserta y no soluciona, pensaba él, que analiza pero que duda, enfermo

del weltschmerz no fundadamente como el Doctor Fausto, sino sin causa razonada. Y lo comparaba íntimamente con el héroe del libro «Sin Dogma» de Sienkiewicz, Leon Ploszowski. Oid lo que dejaba el rasgueo febril de su pluma, vehículo de su pensamiento de neurópata:

—«Qué océano de ideas bajo el cráneo! Su oleaje qué loco, qué incesante, qué doloroso!

«¿Por qué me brotan pensamientos que odio, que rechazo? Oh! hay una imagen que sigue mis pasos, la arrojo porque me tortura, pero me prepara emboscadas, insistente, ¡oh, sus poderosas garras invisibles que me sorprenden en el camino! contengo el grito, forcejo... ¡soltadme imagen que yo adoro! vuestras garras me ponen el sentimiento de zarpazo y de caricia; recorren mi organismo estremecimientos de pena y estremecimientos de gozo.

»Atormentado por el deseo sin esperanza vivo en el primer círculo del Infierno del Dante.

»El poder desbordante de tu hechizo, oh Edith! cómo llamea oscuramente en tu mirada! Oye: la luminosa tristeza negra de tus ojos, me enferma, enciende en mí muchos,

muchos pensamientos cuya combustión me apesadumbra la cabeza... Caen mis párpados y el desfile de visiones interiores derriban mi Voluntad, ¡pobre Reina destronada de mi Reino recóndito!

»¿Cómo se llama mi estado, es alegría taciturna, es locura y cólera, o melancolía? ¿qué es?

»Llora su canto la ilusión exangüe.

»Siento como nostalgia de algo desconocido, opulento de belleza... ¡Oh mis locuras negras!...»

La noche estaba trasparenteada con palidez de lumbre. En el cielo había corolas de luz temblorosa.

Vio Edmundo Ménard por la ventana el oleaje de nubes que pasaba azorado por la altura comba y luctuosa.

Hubo un momento en que en el extremo de una nube apareció un hombre luminosamente níveo... y se preguntó el poeta ¿es que está naciendo de las espumas del mar celeste una Venus Sideral?

La Luna concluyó de salir.

Hubo en el cuarto el silencio que guardan las estrellas, el silencio de un templo.

—Item missa est, dijo el Dios-Absintio.

NELLY

(ELEGÍA)

DESDE que dejaste de existir, vives en mi pensamiento, habitas en mi fantasía llenándola de fragancia luminosa, Nelly ¡oh pequeña mártir, dulce capullo yerto ya! Amo mucho a esa alma triste y hermosa llevada por yo no sé que soplo, a yo no sé donde...

Llena eras de gracia gentilíca, de amor y de sentimiento.

Tu sonrisa de niña de trece años se contrajo amargamente. Tu semblante riante de colegiala se puso serio, se puso abatido, era rosadito y palideció; y ¡cómo estremeció el brillo de aflicción de tus ojos!—centellantes copos de la noche,—se leía en ellos la travesura, la dicha loca, luego permanecieron melancólicos y derramaron muchas, muchas lágrimas. Eso sucedió. Por qué?

Porque tu *mamacita* ya no estaba a tu lado, porque ya no respondía si la llamabas. Dios, que le había dado un hijo más, le dió el término para besarlo solamente. La madre lo cubría de caricias, lo contemplaba extasiada y sonriente, y lo volvía a mirar. Ah! Pero en aquella alcoba se cernía la muerte, revoloteaba con impaciencia de hambrienta y sus revoloteos mudos parecía que gritaban: ¡tengo prisa! La madre llena de susto y de congoja selló en la frente del niño su último beso, brevísimo, temblante: era ya beso frío. Quién fué entonces quien despertó, la madre o el hijo?

Unos párpados que para siempre se cierran, y unas pupilas abriéndose a la luz. El niño lloraba en su cuna, meneando los bracitos como si quisiera volar: a la madre la lloraban sus hijos en el ataúd.

Las olas del tiempo pasaban con rapidez invisible. Los días desvanecíanse desgastando poco a poco el sufrimiento. Sólo tú, Nelly, virgencita mártir, primorosa enamorada de la mamá, sentías cada vez más la torcedura perenne del dolor en tu muy delicada y muy sensible alma. El tiempo huía, pero tus tristezas no.—Llorabas: «y mamá ¿qué se hizo? no ha de volver? Por qué me

la quitaron? Qué! Es que yo era muy mala? Pero si ella misma me decía que era yo buena! Cómo fué eso? Quiero comprender! Por qué decía entonces que me quería tanto? Por qué me deja llorar tantísimo? Antes, cuando era mas chiquita, apenas principiaba a llorar, ella me llamaba, y a besos me hacía reir. Mamacita! del cielo se ve todo, mírame llorar, mírame, llámame, bésame, yo quiero ir donde tú estás... y luego exhalaba sollozos y el llanto mojaba su carita de terso cutis moreno-pálido.

El encanto de aquella niña se volvía trágicamente conmovedor. Su alma quejumbrosa comenzó a cantar una como Balada de Mignon: ésta quería ir a la tierra «donde el azahar perfuma», Nelly quería ir a la región infinita donde perfuman las flores luminosas.

Poco tiempo después, cuando ya no tenía más lágrimas en sus ojos, cuando se había ya debilitado el esfuerzo de sollozar tanto, cuando se cansó de llamar a su madre, aquellos párpados escondieron para siempre el brillo de aflicción de sus pupilas, aquella boquita grave, y que pocos días antes en horas del juego regocijado, dejaba lanzar carcajaditas de alegría vibrante en los cora-

zones, se cerró para nunca más despegar sus labios de rojo muriente: aquella alma, durante la media noche, partió en un rayo de la luna, camino del cielo. Nelly se ocultó tras la nube negra de la muerte. Eclipse desesperante.

Mucho he de recordar a Nelly. Ella se agitaba, se ahogaba en lo desconocido. Qué léjos la arrojó el mar de la tristeza, qué léjos! La noche era muy negra... el mar muy profundo: «Mamá!!» gritaba, y se hundía, se hundía... Y fué la muerte, la ola clemente, la compasiva, la que no olvida a los hombres nunca, fué esa ola la que dejó en la playa a Nelly.

Oh! pero no enfrenaba su furor, no cesaba de jugar ese mar de tristeza con la niña de trece años, la pura, la amante, la buena, la de dulcísima belleza.

Al día siguiente, al amanecer, entró, como de costumbre, el sol a su camita; estaba desolada y glacial, y el rayo solar se entristeció mucho, ya no tenía aquel busto virginal para acariciar, ya no enjugó las lágrimas que Nelly ni sentía siquiera que bajaban por sus mejillas siempre frescas pero palidicidas... y entonces, el rayo solar, afligidísimo, se conformó con dar, sobre aquella

camita, un beso muy ardiente, muy largo... En su ataúd blanco estaba Nelly; acababan de enjugarle sus postreras lágrimas, pero sobre ella habían caído las abundantes de sus hermanas, hermanos y amiguitas; volvía su rostro bellamente pálido a un lado, un rizo se inclinaba en el hombro; azucenas la cubrían. Otros me describieron ese cuadro, yo estaba muy distante de él. Pero guardo en la fantasía un rizo negro e ideal y un perfil ebúrneo, infantil, hechicero y en el espíritu una triste impresión que no huirá quizás, y me he preguntado: Para qué necesitaría Dios un querube más?.

CONCEPTO DE LA NOVELA

(FRAGMENTO)

¡Defended la Belleza. oh artistas!
Ese es nuestro deber.

D'ANNUNZIO

Los horizontes de los ideales de la época presente se ensanchan cuanto puede abarcar el radio de lo material y de lo práctico; este movimiento ha influenciado la doctrina literaria sobre la cual se apoya la novela moderna, de ahí que lo que gana en utilidad, se desvirtúa por lo que pierde en belleza.

Por lo mismo que el arte proviene de la actividad espontánea, por lo mismo que sus orígenes biológicos hay que observarlos en los vigos humanos sobrantes que se descargan en determinados sentidos, tiene indefectiblemente por característico, el no tender hacia ningún fin material, el no tras-

cender a ningún interés egoísta, sino llegar a realizar la belleza para colmar de ese modo las profundidades de la sed de lo ideal. Probablemente es que en la época actual no se opera el fenómeno del déficit de vigores humanos de que antes hice mérito, o por lo menos de ello presenta los síntomas la hora contemporánea. Se hace difícil cada día más la lucha por la vida, de ahí que el espíritu humano se llame a cuentas a sí mismo y crea llegado el momento de economizar todas sus energías convenientemente, no dar aquel impulso que no le proporcione la visión esplendente del oro.

Y ya lo he afirmado: una novela informativa será muy minuciosa, muy útil, muy positiva, hasta moral si os gusta pero irrecusablemente debe resultar ante la crítica, una mediocridad como obra de belleza.

Pero no, es verdad, ya no necesitamos de una ideal novela que comprendiendo lo sensual, lo sentimental y lo intelectual del ser humano, lleve en sí, con la multiplicidad de ritmo y de color que al sueño encanta, las exactitudes varias que al anhelo científico satisface; no, no queremos en las prosas lo sinfónico y lo plástico, no queremos escuchar del fondo de la novela actual, al

sentimiento cantando su canto polífono y excelso. «Sin duda la cólera de Aquiles y el amor de Dido—dice Zola—seguirán siendo pinturas eternamente bellas: pero ocurre ahora que necesitamos analizar la cólera y el amor y ver con exactitud cómo funcionan esas pasiones en el ser humano». Eso es, dirija la novela al presente los fenómenos humanos como un mecanismo que ella produce y mueve, arme y desarme el rodaje psicológico como un rodaje de relojería y la finalidad del arte será alcanzada. Como si la realización de la verdad científica fuera lo mismo que la realización sensible de lo bello. Ni tampoco tal atribución debe asignarse al Arte. Si la cólera de Aquiles hubiera sido narrada con todos sus concomitantes fisiológicos (dilatación de los vasos sanguíneos, aumento de la circulación cutánea, etc.) lo mismo que el amor de Dido (aumento de la circulación y respiración, movimientos de aproximación, etc.) hubiéramos visto cómo funcionaban esas pasiones en el ser humano, es verdad, pero en cambio de un Homero y de un Virgilio hubiéramos tenido unos tratadistas de psicología en acción insoportables y aquí cabe advertir que, si en efecto, el horizonte de

la época presente se ensancha cuanto puede abarcar el radio de lo material y de lo práctico, este movimiento está determinado por el positivismo, que sobre el alma contemporánea arroja al progreso de lo útil, mucha luz, pero al progreso de lo bello mucha sombra, de ahí que, a la novela haya caído la sombra de esa luz, o la ceguera de tanto resplandor,—si os parece menos paradójico,—como reflejo que ha enturbiado las puras linfas de la única epopeya posible al presente, la Novela.

CON EUGENIA

I

DULCEMENTE fuese diluyendo en el cielo una púrpura suntuosa, vestigio último de toda la pompa de aquel Ocaso.

En su fosa de oro yacía el Sol ya difunto, y la Noche, misteriosa enterradora, vino y la tapó con sus sombras copiosas...

La capital rumoreaba apenas notas desfallecidas del himno al Negocio que eleva el movimiento de tráfico del día.

Oscar llevaba enroscada a su alma la inquietud, iba, fuera de la ciudad en busca del halago embriagador de la penumbra.

Desataba la luna su cabellera luminosa y la pálida cascada de hebras opulentas, caía sobre los campos. El camino estaba blanqueado con una suavidad de tristeza lunar que era inefable.

Los árboles, llenos de estremecimientos.

Evocaba Oscar el ensueño de su amor. Lejos, muy lejos, en una hacienda estaba ella hacía mucho tiempo. Había quedado desde entonces estropeado por la fantasía y pálido de ensueño...

—Mañana mismo, mañana mismo, parto hacia «La Eugenia» ¡oh mi Ligia! necesito verte pronto, saber lo que dice la palabra de tus ojos, la silenciosa palabra de tus ojos perfumada con el aroma que escapa del prado divino de tu alma, libar la palabra de tus ojos donde hay la dulzura incomparable de un arrullo hecho luz!...

Tal monolagaba el Poeta.

Oscar gozaba con anticipación de la dicha imaginada y sufría de estar actualmente separado de ella.

Vio que su espontaneidad era exigua, que no tenía ni audacia, ni confianza, enmohecidos estaban todos los resortes de la Voluntad. Qué lucha tan ruda contra la timidez debía librar! ¿A alejarla sería capaz su amor? Y para calmar sus penas que en estos momentos se hacían mas acerbas, dirigió su atención hacia la lívida amplitud de la floresta que mostraba la maravilla de su floración trémula...

La tristeza habitual de Oscar no era adus-

ta, era una tristeza simpática. La sonrisa que en sus labios se posaba era producida por la obsesión de la Belleza.

Las sensaciones de los días vulgares le disgustaban, trataba de rechazar las exterioridades de la vida, ansiando tan sólo sus intimidades, todas esas sensaciones que dependen del interior, las cuales no son sino copias de sensaciones, pero que él aumentaba y multiplicaba rodeado de todos los instrumentos de óptica de la fantasía.

Se había propuesto, ya hacía algún tiempo, examinar la emoción de la belleza, y rimar su admiración agitada.

Dilatado llameaba su espíritu.

Quería estudiar ese despertar de nuevas energías que le había operado la acción de lo bello. Con los ácidos del análisis disolvía su pensamiento parte por parte.

Ligia, como él llamaba a su novia, le había dado una expansión a su vida. El Análisis le exigía una contracción. Ante la mirada excrutadora del Análisis, el Placer se turba y va a esconderse dentro de yo no sé qué pliegues recónditos del alma.

II

La luz rubia, vertía de sus párpados entornados. La Tarde semejaba estar sumergida en la calma callada de un ensueño.

Era un jardín. Bajo una enredadera, muy cerca de la casa de la hacienda, en una banquita de guayabo hecha con arte, estaban los dos amantes. En frente, una laguna. Columnas de peces escarlata serpeaban por entre las imágenes de los arbustos que crecían en la orilla y que daban al agua un verde tenebroso.

Oscar hablaba a Eugenia, a su Ligia, con toda la unción del anhelo apasionado de Vinicio y como Eugenia callara, quedóse contemplando el postrer estremecimiento de oro de un rayo póstumo de sol que había arrojado con su lumbre blonda unas frondas^s espesas de la laguna, parte de un potrero vecino y por último un grupo de cipreses que estaban del otro lado.

Eugenia era blancamente apacible. Su seno, con el ritmo de una dulce onda, se ensanchaba. Sus grandes ojos negros brillaban en su pálido rostro balbuceando amor. Sus cabellos eran crespas negruras de tinieblas. En sus labios había la sonrisa que era la

huella del beso de Primavera. Estaba ella en esa edad en que hay miradas de infancia, ingenuas, y miradas de adolescencia, llenas de una indecisión de ardores pasionales. La niña no ama porque debe ser amada, cuando empieza a asomarse al amor, se piensa no se en qué cosa divina que aprende a humanarse.

Las contestaciones de Eugenia eran siempre tiernas y profundas.

Oscar extrañaba tanto silencio. Susurraba en su boca la oración del amor. Palidecía.

—Oh mi Ligia! Por qué secretas sendas tu belleza ha penetrado muy adentro de mi alma que estaba en las tinieblas. Es un placer que me imprime dolor: si la antorcha resplandece es porque arde!...

Eugenia callaba mirando al cielo como si quisiera explorar el infinito.

Más y más se desbordaba el amor en las frases de Oscar. De súbito detuvo el torrente, quedose meditativo—y como continuara ella refugiada en su pensamiento, se imaginó una paloma huyendo de un incendio para ir a posar su vuelo a una estrella immaculada.

—Oh mi Ligia! Hay en tu voz ternuras de arrullo que dejan en mi espíritu ternuras

de anhelo. Por qué no me hablas? Por qué sólo miras al cielo?

—Sabes por qué? Porque tus palabras tienen mucho de la grandeza de ese cielo y para escucharlas necesito contemplarlo.

...y vió Oscar que en los ojos de su amada, en aquellos momentos, había, prendido, el vuelo de un relámpago que no podía desatarse.

ANTE LA TUMBA

(CUENTO DE VIERNES SANTO)

No podían pensar parientes y amigos todos, sin aflicción sincera en aquella amable, gentil señorita, que paso a paso se acercaba a franquear el umbral de la vida. Sus aristocráticos y acaudalados padres y hermanos al escuchar aquella tos seca de la tísis talvez se sentían más entristecidos que la misma Hortensia, quien después quedábase sumergida en la sombra de la meditación de la pena. Tenía hechicera cortesía, caritativo corazón, maneras distinguidas llenas de gracia y un constante dulce contento amargado ya casi.

A toda la sociedad de San José tenía preocupada la enfermedad de Hortensia M...., aquella damita que todos volvían a ver con curiosa admiración, al ir hacia el

Parque de Morazán, en algunas tardes espléndidas, acompañada de su hermano, entre la columna de caballeros y señoritas, que venían de asistir al *recreo*, serie de ejecuciones por la Banda en el kiosko del Parque Central. ¡Cómo atraían los pormenores de la belleza y de la elegancia de Hortensia!; ¿en qué porcelana maravillosa, blanquísima, mandó modelar aquel rostro, Oberón, el esposo de Titania? ¡Qué sonrisa de luz se percibía dentro del círculo del sombrero, en su modo de mirar, que el velo trasparenteaba! Hermosura colmada de expresión riente. Tal era ella.

¡Cómo resplandecía Hortensia en los grandes bailes de la sociedad josefina! aquel ramo de *crhysantéme* lilas en el hombro, aquel cuello de azucenas apretadas, divinamente esculpido donde había un collar de perlas, aquella distinción toda gracia, iba desapareciendo en un tardo eclipse desgarrante. Y las crónicas de salón la aclamaban *reina del baile*. Criatura que forzaba a que la mirara la pupila pública consternadamente y con la delicia de lo bello.

Recluída en su casa, esperando en su infantil juventud, con lágrimas del sentimiento moral y del sentimiento físico, el

minuto de abandonar el cuerpo, que una losa iría a vestir.

¿Era que estaba enamorado de aquella alma serena y pura como el azul, un arcángel del cielo? La quería para sí? Quería llamarla a gritos? ¿Pensaba muchísimo en ella? ¿Era ese arcángel quien la atraía con fuerza misteriosamente irresistible? Aquella tristeza dulce de luz en los ojos de Hortensia era el reflejo de las miradas del arcángel.

Qué hacía en el fondo de su estancia Hortensia? Pensar, recordar, adivinar la muerte; era clara su inteligencia, su corazón sensible. Quería apartar su pensamiento de esa eternidad que la aguardaba, pero en vano, porque pensaba en ella al intentarlo.

Sentía grande agradecimiento y amor acrecido por su madre, por su padre, por sus hermanas y hermanos.

Trazaba, internamente, la novelita de su existencia, su imaginación: con sus cuadros tiernos, sus capítulos de descripciones de giras campestres, de horas jubilantes en la *hacienda* «La Hortensia»; resultaba la Novelita del Placer sano y de la Carcajadita infantil, breve novela inefable e indes-

criptible. Aquella existencia había sido un alegre olvido de la vida graciosamente frívolo.

Las mujeres son más felices que los hombres porque generalmente no desean otras cosas que las que de ellas dependen.

La vida, que no es un regalo sino un deber que cumplir, como afirma Schopenhauer, era un regalo para aquella hermosa idolatrada; ahora le era como una piedra de molino que la aplastaba sin aplastarla.

Tapa y engulle, infatigablemente, como el mar, la muerte.

Hortensia era una náufraga. El desastre de la muerte es suplicio, muchas veces. Es la manga de agua que martiriza al que se ahoga y que se recrea con sus venganzas minuciosas; otras veces es el ósculo apasionado, desconocido, la ráfaga muy helada que ha hecho exclamar: «¡qué dulce es morir!» a algunos agonizantes. La muerte oculta lo que es y lo que hace, lo que constituye el misterio, lo que hace es el secreto.

Alegre y fría había sido Hortensia, no recordaba casi sus novios; ahora era sólo fría. En qué pensaba cuando se quedaba taciturna? Perfumaban vagamente su cere-

bro como inexplicables esencias de ideas. Ella sentía exquisitamente, pero no sabía pensar.

La sorpresa de su dolor moral y físico necesitaba la caricia amante de la soledad.

El dolor en general está sediento siempre del rincón inhabitado, busca lo ignorado para lamerse la sangre de sus heridas abiertas. El sufrimiento que llora delante de todos es consolado, quedamente, por yo no se qué vanidad sin nombre, recóndita, en el corazón humano.

Tantas, tantas amigas que llegaban a verla, caballeros, parientes oh! fastidiábase de mirar tanta cara distinta más o menos pensativas, forzadamente afligidas de que estaba cercada, quería estar sola, lejos, en silencio. Tenía la magna tristeza de la plenitud de la falta de deseos, no ansiaba curarse, tampoco anhelaba morir. Sentía fastidio hasta de la inquietud del agradecimiento por su madre de continua bondad inquebrantable. A veces y por momentos la gana de ir al cielo le acudía, segura de que allí no hay fastidio ni fatiga de padecer. Es propio de las enfermedades experimentar vibraciones del sentimiento como esas.

Eran las cinco de la tarde de un Viernes Santo. Hortensia, acostada en su lecho de enferma, bajo las frazadas, cerrados los ojos, pareciendo dormida, acababa de pasarle un golpe de tos.

De pronto levantó los débiles párpados y sus ojos difundieron incomparable luz negra. Se incorporó lenta y trabajosamente. Era que escuchaba una música algo distante, muy doliente, que bien la conocía ella: «El Duelo de la Patria» que todos los viernes de Semana Santa oía con deleite de tristeza ideal ejecutar por la Banda.—«Jesús que viene por mi casa» se dijo. Y aquellas melodías que se desfallecían pesarosas despertábanle memorias viejas e imágenes: cuando *salía de ángel* y sus temores lloriqueados de niñita de seis años al verse en la altura de las andas conducidas por cuatro hombres; y su placer de verse con alas de armiño.

Afuera gentío inmenso caminaba paso a paso a ambos lados de la calle. Dos filas de andas llevadas por hombres en las cuales iban niñitas vestidas de ángeles, blancas, silenciosas, conmovidas. Encanta ver a estos angelitos vestidos de ángeles. Uno son-

rfe al distinguir entre el tumulto a su mamá, que le envía cariñosa mirada inquieta. Otro vuelve la vista entristecida y curiosa al Cristo cadáver llevado en el Santo Sepulcro. Todos van seriecitos en ese olvido de la alegría incontenible en la infancia.

Tres muchachitas de doce a catorce años figurando las tres Marías: María Magdalena, María Salomé y María Cleofás.

Sus tigreños tipos de belleza lánguida recuerdan los tipos de la poesía hebraica, embargan los sentidos con dulzura. Luego la Samaritana, bella, luego la Verónica, bella, llevando un lienzo en las manos, tendido, con tres imágenes del rostro del Nazareno. Niños vestidos de apóstoles. Niñas que conducían siete estandartes en los que se leían las postreras frases del grandioso Crucificado...

Adentro en la estancia de la enferma sólo ella está; han trascurrido muchísimos instantes, oscurece, ya no penetran a la alcoba las notas del «Duelo de la Patria» las de dulce amargura, las que deleitan melancólicamente. La combustión de los pensamientos y sensaciones de recuerdos de Hortensia, en su mirar, puso fuego trágico. En todo se fijaba tristemente. ¡Qué apenados

estaban los *comemañeces* que cantaban en el jardín! qué suspirante el aura que meneaba la ventana y sus golpecitos, qué tristes, gemidos le parecían. La amalgama de notas vegetales producidas en los follajes por el viento ¡qué dolientes! la luz lunar, tan melancólica! La llama de la vela, la alcoba, los lejanos pasos queditos y rápidos, el *um*, *um* de las conversaciones en la sala, los profusos acordes nocturnos, el recordar, el amar, el esperar, el vivir, el morir todo triste, todo triste!

Sentíase aliviada, levemente, rezando, pero sus preces eran brevísimas; exclamó contrita: ¡ay Virgen Santa llévame al cielo! y hundió la cabeza en la suavidad de la almohada, permaneció en la inmovilidad del abandono, entornó los párpados y puso el brazo sobre la frente. El hechizo de su actitud en aquella penumbra estremecía artísticamente.

Poco a poco fué adormiendo, el sueño que tuvo fue triste, fue extraño. Soñó que ya se había muerto, ya sus mejillas en derredor inspiraban la compasión, ya aquella cabellera estaba bañada con el sudor de la muerte, amortajado el cuerpo yacente en el ataúd, lleváronselo cuatro hombres desco-

nocidos; y nadie la había llorado. En dónde estaba su madre y su familia? Y nadie acompañaba el féretro que iba, camino del cementerio entre las primeras sombras de la noche vacilante. En dónde estaban sus amistades? Mas... quiénes siguen el ataúd? Son dos niñas vestidas de ángeles en andas y que conducidas por hombres, van llorando. Qué aprisa iba el entierro, qué aprisa!

*

Afuera el viento se desata en furias melódicas. Un rayo de luna besa el rostro de Hortensia dormida; ilumina unas lágrimas inmóviles sobre las ojeras de azul intenso. El beso de aquel rayo es largo, amoroso, frío. La hermosura de aquel rostro sorprende trágicamente, aquellos labios están graves. Pero sí hay en Hortensia una sonrisa vagamente por toda ella dilatada.

Momentos después despertó. El Sople afuera hacía sonar en el infinito la profundidad de su canción, sus coros de abril mugían.

Qué bella estaba Hortensia! Una mirada de oración, de virgen mártir extasiada, levantaban a las nubes lívidas, a la luna, al pedazo de cielo, en fin, que se dejaba ver

por la ventana unos ojos en que la densa sombra tenía luz. La belleza siniestra era aquel cuadro. Hortensia sentíase fluctuante en lo desconocido, cantidad de extravío en la soledad, su alma desprendía. Sufría turbación honda, estaba nerviosa ¡ay! ¿ya me iré a morir? dijo con voz suave, esforzándose luego por alzarla, llamó:

—¡Mamá! oh mamá!...

Es como grita la tristeza.

Abril de 1899.

IBIS

DE VARGAS VILA

VARGAS Vila me da la idea de una potente individualidad de poeta, cuyo pensamiento ama la libertad por modo tal, que dentro de los moldes estrechos de la rima, estaría como águila enjaulada.

La fina veste del verso regularmente incomoda a ideas que demuelen y no acarician.

Cuando hiere las tinieblas osadas de la ignorancia, su estilo es breve y fulminio, tal como una fusta que diera la luz con sus azotes.

Encontraréis en la frase de Vargas Vila, cuando el asunto es bellamente delicado, de suavidad idílica, el hechizo majestuoso del verso.

Hay en él el león épico y la paloma lírica.
La cólera bella de su rugido y la ternura

de su arrullo singular, ponen en las células cerebrales la sorpresa del prodigio.

Su nota dominante y característica es objetivar muy poco y subjetivar muchísimo dilatando un lirismo de profundo valor filosófico.

Sentiréis en vuestra frente pensativa el olear bravo de sus apóstrofes, onomatopeyas y metáforas de vuelos gigantes. Una tempestad de protesta y de negación os iluminará con los relámpagos de la idea y vuestra alma se pondrá a trepidar fuertemente como bajo el peso de un carro de rodar fúlgido.

No encontré en «Ibis» la intensidad de lo real que crea la pintura.

Es que profundizando tanto el realismo interno ha descuidado el autor el realismo exterior.

Se desea reconstruir en la imaginación al *Maestro*, a Teodoro, a Ibis, como unidades vivas y sintéticas. Es que lo corpóreo no está pintado con esa exactitud fotográfica que encontramos en Dickens y en Daudet, Empero Vargas Vila hace sentir intensamente la realidad moral.

Hay dependencias entre la forma y la idea, lo mismo que entre el cuerpo y el alma.

Claro es que el ideal del Arte es un equilibrio armónico de esas dependencias que produzcan la ilusión integral de la vida física y psicológica.

Toda la novela de Vargas Vila es el desarrollo de la siguiente idea acerca del amor: «¡Ay de aquel en quien la llama maldita no se extingue Morirá consumido como un cirio a los ojos de un dios que lo desprecia!»

El Maestro respira tempestad de lucha. Ese iconoclasta soberbio es un poeta cuya expresión tiene el vigor de un Isaías.

No es un visionario, es un vidente.

Solitario en su independencia, exige toda la libertad al cesarismo del Trópico americano; erguido en la fulminación de toda la verdad, aplasta la impostura; majestuoso en el triunfo del valor, pone en fuga despavorida a la cobardía rastrera.

Para el Maestro amar es morir de una manera muy vulgar. Tiene energías formidables y huye del amor que es una muerte magnificante. Es el indomado del Amor y el conquistador de la carne que es lo único que le da placer.

Teodoro, el Discípulo, sigue las rutas que el Maestro le marca. Tiene sabiduría

en su cerebro, es fuerte y puede mutilar su corazón.

Desea a Adela, la monja intocada, se va con ella del convento y la goza. La ley de la herencia había sedimentado fango en la sangre de Adela y muy luego, lubricidades adúlteras, la enfangan. Teodoro, herido por el filo envenenado de la burla infiel, siente que brota en su alma, bajo los rayos quemantes del dolor, la flor del sentimiento. No amaba en Ibis únicamente la hembra; ama en ella el amor. Lo sensual que se transforma en lo sentimental; terrible emboscada del Amor!

Así perdió su libertad. Se desespera locamente ante la derrota de su conquista. Desaparecen en él todas las energías opulentas de su juventud y no tiene valor para matar a la mujer que le había inoculado el ensueño que enerva, la pasión que arruina, la desesperación que ahoga, y el deshonor que enloda. Sin embargo algunas huellas de aquellas fuerzas debieron haber quedado. No de otro modo se explica que se suicide.

«Ibis» es una novela enaltecida por una intensidad de sentimiento que llega al fuego trágico. De ahí su valor incontestable como obra de arte. Multiplica los hechos

complicados y hondos del amor, esa palabra que designa tantos esplendores crueles. De ahí su valor analítico como obra de psicología en acción.

Libro de altivas vehemencias.

No refresca su atmósfera incendiada el vuelo del Ave-Ensueño.

Hay las expresiones que relampaguean con brevedad impetuosa.

No encontraréis al orfebre de la palabra que da sus renglones hechiceros.

«Ibis» es la flor de arte, sombría y sin perfume, hecha con el limo de la vida humedecido de lágrimas.

En el campo de la literatura este libro desolado es un paraje alto y ardoroso.

Este libro es cumbre y es desierto. No hay pájaros que arrullen. Sólo aves que gritan.

BOHEMIA SENTIMENTAL

DE E. GÓMEZ CARRILLO

JUZGAR a Carrillo por su obra *Bohemia Sentimental* es como si tratásemos de emitir un concepto sobre su personalidad privada, tan sólo por una expresión o por un hecho aislado de su vida. Ya conocíamos en él lo elevado de su criterio estético como informador de las literaturas exóticas, y la singularidad simpática de su elocución como cuentista; nos toca ahora considerar en él al novelador.

Deberíamos para dar un examen explicatorio de la copiosa obra de su vida literaria, estudiar al hombre colocándolo en su medio lutecino, respirando esa atmósfera de intelectualidad—tomar en cuenta, cómo las inclinaciones de su carácter imprimen el matiz a su vida; deberíamos poner en práctica todas esas condiciones que impone la

crítica, pero aparte de impedirnoslo la brevedad que requieren estos juicios, está una razón más sencilla: el no pretender definir al literato con exactitud completa, pues convenimos profundamente en que para ello es indispensable poseer esa facultad que caracteriza al verdadero crítico, que le permite percibir dentro de los matices infinitos del escritor juzgado, el matiz común y constante, dentro de sus complejidades, lo que tiene de sencillo, dentro de sus contradicciones lo que tiene de inmutable, en una palabra, que lo pone en condiciones de distinguir dentro de sus manifestaciones varias, la unidad en la creación artística. Que no tengamos esta facultad por supuesto lo callamos, pero eso no quita que *hagamos crítica* a nuestro modo posible.

Tanto la Bohemia de Carrillo como la de Murger, reflejan las costumbres de una de las fracciones sociales más cultas intelectualmente, en cuya vida diaria hay la interrogación al destino, la interrogación de ceño altivo, que sus almas confundidas ante el enigma de sus vidas azarosas dirigen al Destino, interrogación solemne y sencilla, que motiva una tragedia palpitante y diaria, ocultada bajo las formas aparentes del

placer, con todas sus festivas frivolidades y todas sus locas turbulencias, de manera que resulta, de esas existencias, un conjunto lleno de un humorismo, que causa impresión complicada de encanto y de piedad dulcísima que nos hace sonreír profundamente.

La personaje con quien simpatizaréis enseguida es Violeta de Parma.

Extrañaréis sin duda cómo esta alma bohemia de artista prefiera con amorosa decisión la bohardilla de un poeta pálido y lamentable, al palacio a donde la trajeron las ansias codiciosas de goces sensuales de un burgués lleno de dineros y de vanidades, llamado René Durán, y digo que lo extrañaréis porque ello era la realización espléndida de todos sus deseos de opulencias y principalmente de todos sus anhelos de arte que poblaban su rubia cabecita de sueños de victorias teatrales, de originalidades escénicas y de vencedoras dulzuras de voz.

En su pasada vida, qué de luchas con la miseria!, de luchas silenciosas y oscuras, en medio de las cuales quedaron tendidos en el campo, todos sus pudores, sus frescas inocencias, sus encantos de niña casta.

Traeré a vuestras memorias unas palabras

de Murger que caracterizan su Bohem

«Hoy como en otro tiempo todo aquel que desée cultivar las artes sin otro medio de existencia que el arte mismo, tendrá que pasar imprescindiblemente por los senderos de la Bohemia.»

Análogamente, por lo que respecta al elemento sentimental de la Bohemia de Carrillo, descompondríamos para su novela aquellas palabras, así:

«Hoy como en otro tiempo todo aquel que desée cultivar el amor de su corazón sin otro medio de existencia que el corazón de su amor, tendrá que pasar imprescindiblemente por los senderos de la Bohemia.»

Esa escapatoria de Violeta, con efecto, debería ser consignada en los anales de la Bohemia como una intrepidez heroica.

Pobre Violeta! Enamorarse de un poeta sin ventura que no vería el oro más que en lo dorado de sus sueños! Pero qué queréis! Ella era así!... En su alma vagaban las ficticias almas del teatro, las cuales llevaban a sus nervios una intensidad de opulentas vibraciones que la hacían identificarse con ellas simpáticamente. Natural era que llevase este carácter artístico a los actos de su vida.

La lectura de *Bohemia Sentimental* dejará en vuestros espíritus, por lo demás, el perfume parisiense de las flores de la gracia estilística de Carrillo.

Veréis que su alma literaria os hará evocar muchas cosas muy humanas y muchas cosas muy naturales. Decidme ahora ¿no es eso toda la seducción de un libro de arte?

LUZBEL

Para Alfredo Maia

EL Príncipe Valvid, el joven príncipe, el más apuesto y hermoso de todo el país, está enfermo. Y la ciencia no ha podido, después de investigaciones infinitas, decir siquiera el nombre de la enfermedad. Los médicos, uno tras otro salían de la alcoba del paciente más pensativos y preocupados de como entraban. La reina, llorosa y angustiada, camina de aquí para allá, de puntillas en la alfombra, siempre rezando; y el rey, espera lleno de febriles ansias la llegada de más y más sabios en el arte de curar.

¡Pobre Valvid! Se muere, y ya no queda nada, ni un socorro para él ¿quién lo salvará?

*

Sabéis de qué está enfermo Valvid? Ahora veréis. Era una mañana primaveral. Vagaba él por el jardín del castillo con el aire romántico de un soñador.

De súbito oye un ruido cerca del lago, donde hay cisnes intactos, cuyos plumajes tienen brillos suaves como los de las dentaduras muy blancas apagados al morir de las sonrisas. Se acerca: mira. Pero, ¿soñaba? Mentira! No, no soñaba. Estaba allí, realmente, una mujer bellísima y medio cubierta por las ropas como se ven en los lienzos de los pintores... mujer subyugadora e incitante cuyas redondeces en los pliegues diseñadas de sus vestidos al agacharse laveteando un pañuelo, eran ensueños supermos... mujer que hablaba a la carne y no al alma... y Valvid, desde entonces, estaba como enloquecido.

*

Y una vez llegó Luzbel con aspecto de médico de países muy lejanos. Vino a la alcoba del príncipe. Ah! en aquellos momentos, se moría, se moría...

—Te salvo, prorrumpió el forastero con voz ronca y perezosa, y te doy la mujer que tantísimo anhelas (como ves, yo se lo que ha motivado tu mortal enfermedad). Has de saber que soy el gran mago persa Sekialmonirk. Yo fui quien ocultó a tus ojos esta atrayente mujer. Será tuya, muy

tuya. Pero con la condición siguiente: Has de abandonar tu creencia en el cielo y en la Providencia, no has de creer en nada y ni pronunciar siquiera la palabra de Dios porque en el mismo instante perecerás. Y el príncipe Valvid aceptó.

El extranjero continuó diciendo con su voz cavernosa y pausada: Ella está en la Isla del Lago, del lago de tu propio jardín...

Luego salió el forastero apresuradamente.

*

Ya se siente la caricia pálida del sol cuyos rayos van clareándolo todo. En el cielo las nubes se dispersan de prisa y van poco a poco dejando una abertura llena de luz que se va dilatando paulatinamente. Por el césped húmedo y verde pasan con rapidez las sombras de las aves que vuelan en lo alto.

Y se escuchan los primeros gorjeos.

El cielo sonrfe, a cada montaña, a cada otero, al jardín, al lago, como un padre satisfecho de sus hijos.

*

El Príncipe, ya sano, iba a la Isla del Lago, en un barquito. Al cabo de bogar

mucho divisó a otro barco pequeño que se acercaba en dirección opuesta dentro del cual vió a la misma mujer de sus locos de seos; más linda, más subyugadora e incitante. Valvid sintió tal asombro y alegría que no pudo ahogar en su garganta este grito:

--Oh qué belleza Dios Santo!

.

Y en el mismo instante vieron los ojos de los cisnes intactos que las aguas se tragaban un barquito y un remador....

A ENRIQUETA ATMETLLA

Sobre su lecho tendida
inmóvil y blanca está;
parece como dormida,
pero no despertará.

GUTIÉRREZ NÁJERA

QUINCE años apenas. Toda delicada y suave como un ensueño. Se aprestaban sus alas sedefias a ensayar el vuelo. En la fúlgida profundidad negra de sus ojos parpadeaba el alba de la vida. Su rostro era colmado de tranquilo júbilo, sus palabras muelles todo lo prometían, sus sonrisas estaban llenas de ternura.

Su almita virgen como la cumbre nívea, modelada por las caricias puras de la palabra maternal, era opulenta de impulsos bondadosos.

Aquella niña adorada, tan sonriente, tan suave, que ostentaba tan fresca sus quince años y respiraba la alegría de vivir, dobló su cabecita de negro pelo ondeado; desma-



ARTURO CASTRO SABORÍO

1883-1903

yóse el hechizo de sus infantiles movimientos elegantes, se apagó la luz negra de sus ojos, y se hundió para siempre en las lejanas lontananzas del sueño frío. En la retina intelectual ha quedado la imagen de esa niña. Es imposible conformarse con sus líneas indecisas. Se hacen esfuerzos desmesurados para que se transforme la visión, y es entonces cuando se piensa irresistiblemente, en el pájaro, en la flor, en la estrella.

Ay! La onda callada de la muerte la arrasó... La desgracia hincó su dentellada. ¡Ah mísero calabozo de la existencia, el pedazo de cielo que se veía por tus rejjas ha desaparecido! Oh, tú, fulgor ha poco agonizado, pájaro aterido con el hielo de la muerte en el bosque humano, pasaste tan rápidamente como un orto!

La miramos con los ojos agrandados por el asombro e iluminados por el deseo de grabarla bien en la imaginación, tal como se mira todo lo efímeramente bello. Fue un lirio que crecía en la ribera del lago alborotado del mundo—lirio intacto y muy fresco, al cual sólo llegaban las brisas de los cariños a balancearlo con vaivén dulce. Ay! pero una mañana poblada de cantos, de perfumes y de colores, llegó la Muerte en traje

de jardinera a cortar flores para ofrendar al buen Dios... su tijera misántropa cortó a aquel lirio... que colocó la pálida Jardinera enlutada al pie del Dios...

Entonces las ondas del lago alborotado llegaron a la márgen y cantaron elegías...

¡Oh! Enriquetita muy distante ya, oh! rosa de hechizo ¿qué ángel deshojó tus encantos en el río oscuro de la muerte?

Enriqueta ya no existe. Se ha prendido en el cielo una estrella nueva. Hugo llamó millonario de estrellas a Dios. Dios quiso una estrella más.

SALIENDO DEL COLEGIO

SON las diez de la mañana. Crece el hormigueo de gentes en San José, aumenta su movimiento ruidoso.

Me detuve en una esquina. Oí de pronto una risita leda. Volví la cabeza y vi que venían dos colegialas. Sentí la delicia del contraste que mostraban los niveos dientes con los rojos labios; por eso parecen esas bocas frescas dos fusias nuevas.

Luego vi tras ellas el desfile de la salida del Colegio de Señoritas. Era principios de marzo. No hacía muchos días que habían empezado las clases. Se comenzaban a llenar con la miel del saber los alveolos, y era risueño e incesante el abejeo.

La salida, qué hermosa! La alegría hacía brotar los arpegios de oro de la risa en las gargantas delicadas, y mil confusas voces sonoras, como ecos de clarín.

Las sonrisas de los labios y de los ojos

aumentaban la sed de belleza de mi espíritu, que a cada rato libaba nuevos encantos.

Qué mujercita tan divinamente linda es ésta que camina con la gracia y dulzura del cisne que navega! Es imposible que haya salido de una aula! No puede ser! De qué rosado país de nubes perfumadas y de rientes ninfas, llegas, oh real, oh tierna mujer?

Estas dos vienen de prisa y sostienen una cuestión muy interesante a juzgar por la atención mutua con que se escuchan y el calor de los movimientos de las manos y de las caras.

Muy despacio camina ésta, va sola, pensativa, tiene aire de soñadorcita incurable. Quizá en las horas de clase, haga versos. Como cutis de camelia, su piel es blanca y tersa.

Qué delicada aquella mano que sostiene una Historia Natural de Langlebert y unos cuadernos! En las uñas hay el sonrosado muriente de la agonía del arbol de un ocaso. Parece que serpea bajo la epidermis, el azul del cielo... Pasó ya la colegiala de manos de Ana de Austria.

Acabo de ver un camanance con la vida fugaz que le dió una sonrisa. El paraíso que brotó entonces, qué pronto ido! En mi es-

píritu sentí su roce y pensé: Ese nido divino, señorita, es acaso donde reside Eufrosina, la Gracia dulce y tímida, la hermana de Aglaë y de Talía? O, es acaso la huella del dedo de un ángel puesto en tu mejilla mientras te besaba en la boca en tanto que dormías?

Abrieron la puerta, y de la pajarera salen los pájaros. Busco sus alas pero ya no están. Han tomado aquellos, formas de niña. Sin embargo escucho los gorjeos de estos pájaros divinamente humanos.

Qué erguida se aproxima ésta! Qué cuerpo! Qué incomparable música debe haber dentro de su alma! No es cierto que al compás de ella camina Ud., señorita?

Ha pasado, de súbito, una racha fuerte de viento. El aire siente las vibraciones calóricas de lo bello, se mueve, y besa a un mismo tiempo y por doquier. Ninguna virgen-cita se ha librado nunca del abrazo susurrante de ese Caballero. Tienen algunas jovencitas la expresión del que quiere intensamente ocultarse, otras ríen, ríen ruborizadas. Uno sonrío al verlas, volviendo respetuosamente la espalda.

La cabellera de esta muchachita primorosa, qué rubia! Parece mojada en el polen

luminoso de un ocaso. Sus ojos no son azules: sus ojos son negros. Hay en ello la exquisita mezcla del tipo del norte con el tipo tropical.

Hé aquí que se aproximan dos niñitas bellísimas y únicas. Son dos gemelas. Son idénticas y van siempre juntas como dos estrellas que viajaran con dulce vuelo en una misma nube y en el mismo cielo puro. Asoma la majestad en esos cuerpecitos de adolescentes. Sus talles bien proporcionados y esbeltos prometen presencias de reinas. Ya las veo cruzar una esquina. Adiós, princesitas! mi alma calladamente les grita. En tanto pasan y pasan las colegialas. Me encanta sobre todo ese aire de juventud que se esparce sobre ellas. Es cierto, ya el Hada morena de los sueños de Amor ha bajado al lecho de más de una núbil durmiente y les ha exprimido bajo los párpados, sangre de violetas. Como os gusta, Hada ardiente de los sueños de Amor, aspirar muchísimo las fragancias virgíneas!... oh muchachitas primorosas! ¡qué sueño tan hermoso habéis vivido! Es cierto que queréis despertar?

CUARTILLAS

(APUNTES PARA UN JUICIO)

HA dicho Fichte que todo lo que tenemos delante de nuestros ojos y también nosotros mismos es una apariencia sensoria, es una túnica que cubre la esencia, «la divina idea del mundo». Este algo de divino que existe en el fondo de todo, este algo superior invisible que hay en lo visible, no lo advierte la masa común; esta realidad en toda apariencia no la sospecha siquiera el vulgo. Y la idea divina la desnuda el poeta; es entonces cuando eleva al nivel del alma, cuando crea el ensueño, cuando demuestra que ve más que los demás. Un vate español discurrió así:

*«Si se exalta es porque siente;
si se engrandece es porque admira,
y aunque parezca mentira
ni hablando de sueños miente».*

El poeta favorito es un buen amigo que nos muestra la salida por donde escapar de sentir el vaivén de la vida que se agita entre el tedio y el apetito. ¡Mi amigo de siempre! yo me digo cuando leo el nombre de Julio Flores en un periódico. Y es que el poeta es como eco de las tristezas más escondidas, de los sollozos ahogados y de los recuerdos vagamente melancólicos. Acabo de leer las poesías de Julio Flores que tengo coleccionadas en mi libro de recortes. Volveré a leerlas, las leeré siempre; son gotas de alma sus «Gotas de Ajenjo», que, con devoción, paladeo. Versos que crean emociones, y su poesía, en general, refleja el excepticismo romántico de Byron y algo de la languidez dulce de Musset y del pesimismo incurable de Leopardi.

Julio Flores es un poeta muy bien dispuesto para interpretar la naturaleza y para realizar lo bello. «Idilio Eterno» me parece una de las poesías más bellas que han aparecido desde pocos años a esta parte, es una de las obras maestras americanas. Se exaltaron las facultades seguramente; estuvo el artista poseído por aquel *demonio* por aquella *furia* de que habla Platón, un torrente divino de inspiración invadió todo el ser.

Las composiciones de Julio Flores son casi siempre breves: canciones amorosas, blasfemias, sarcasmos y gritos de aliento y de dolor; pero en cambio su obra poética es muy copiosa y su fuerza está casi sólo en la sugestión.

Solamente el estro genuinamente poético puede realizar la belleza de una filosofía porque al reducirla a versos se está expuesto a no ser filósofo ni poeta. En los versos de Lucrecio están inmortalizadas las doctrinas de Epicuro, quien despreciaba la poesía y la creía perjudicial. Lucrecio agrega que debe ser rociada de miel la copa que contiene la verdad. Julio Flores lo cree así en las «Gotas de Ajenjo». Ahí está el poeta, ahí, distinguiéndose bien de los que no lo son. Con marcada sencillez dice muchísimo; ocultos con naturalidad encantadora están los pensamientos hondos. En mi memoria siento la humedad muy amarga de muchas de las «Gotas de Ajenjo». La perfección en ellas, de la frase poética, y lo bruñido y sobrio de la expresión es admirable, irresistiblemente sale ésta de mis labios:

*«De pie sobre la tumba de un suicida
exclamé con voz ronca y dolorida:
Cobarde!... no mereces descansar,*

*no supiste vencer vanos dolores?
Y hollé, rabioso, las abiertas flores
que allí mismo empezaban a brotar.*

*Eso fue ayer, hoy triste y desolado
y de sufrir y de luchar cansado
ya me parece albnito escuchar,
que alguien pisa mi tumba, de ira loco,
y me grita: Cobarde... tú tampoco,
tú tampoco mereces descansar».*

Cuando expresa sus penas ¡con qué modo
tan sentido y natural las dice!

*«Oh mi buen Dios! Responde a estas preguntas
que voy a hacerte. Escucha: hablo de hinojos...
Dí ¿por qué despreciamos a los ángeles?
¿Por qué nos gustan tanto los demonios?»*

En ese cuarteto melancólico se entrevé un profundo conocimiento del corazón humano. Pero no sólo el corazón humano estudia Julio Flores, no: también ha hecho vibrar su lira en los sitios de la naturaleza desde los cuales mira el morir del día, «Ocaso», «Ocaso y noche» el asomar de la pupila del alba, «Aurora» o cuando la tempestad muje, en el mar, estruendosamente «Tempestad».

Voy a hablar ahora de una de sus poesías más hermosas y que es completamente ori-

ginal; se titula «La Pedrada». Se me figura como hecha nada más que para ser aprendida de memoria, tan delicada y bella es; sentí, leyéndola, más blando el corazón, sonreí y hubo una como embriaguez inefable en mi alma. Lo que sentí, ya lo había dicho antes Julián del Casal en estos dos versos:

*«Con el vago deseo de ser niño
la profunda tristeza de ser hombre».*

La poesía del color y de la línea, la poesía del poeta de «Los Trofeos», se va. No soy el primero en profetizarlo. En este morir del siglo yo veo que se siente mucho y se medita demasiado y si poesía alguna ha producido impresión en las almas, almas con hambre de lo ideal más que de lo real, es porque siente y piensa. Julio Flores ha hecho vibrar con su verso opulento y tierno el fondo de tristeza que hoy tenemos.

Toda su sensibilidad brota resonante en forma de gemidos:

*«Oh Cristo! Si a pesar de tus dolores
y de tu santidad, en las alturas
nadie escuchó tus fervidos clamores,
¿quién nos oirá a nosotros, pecadores
eternos de este valle de amarguras!»*

De súplicas ardientes:

*«¡Ven y amemos a Dios, cuya pupila
todo el fulgor del Universo absorbe;
cuyo poder los astros aniquila
y a cuya planta se suspende el orbe,
punto de luz, que a su mandato oscila!
¡Amémonos, la noche encantadora
ostenta su lujoso panorama,
el cielo brilla... el céfiro enamora...
brinda la flor su esencia embriagadora...
el ave duerme... y el torrente brama!»*

De sollozos entrecortados:

*«Y con esa frialdad dices que me amas?
No, no es amor lo que hacia mí te mueve,
el amor es un sol hecho de llamas,
y en los soles jamás cuaja la nieve».*

De los últimos gritos del amor muriente:

*«... Hoy quisiera, aunque el alma se intimida
con este amor ante el amor ajeno,
morir... morir con la cabeza hundida
en la nieve quemante de tu seno!»*

De retazos de la fe de la infancia que re-
sucitan:

*«¡Imposible! jamás! si tú moriste,
el cielo no es un mito, el cielo existe
y hacia él alzaste, al espirar tu vuelo.*

*No se concibe el mar sin el rugido,
no se concibe el ave sin el nido,
no se concibe el ángel sin el cielo.*

Y de versos que parecen frases de maestro o de apóstol:

*«No odiéis! amad! porque el amor encumbra,
y el odio vil, si como el opio, embriaga,
el corazón y el alma apesadumbra;
éste, la luz de la ventura apaga,
y aquél los antros del dolor alumbra!»*

*«Mujeres ¡no adoréis vuestra hermosura,
vuestros encantos son fulgores vanos;
no olvidéis que en la hueca sepultura
con vuestra carne alabastrina y dura,
se revientan de gordos los gusanos!»*

Febrero 1899.

DEL LITERARISMO COMO ENFERMEDAD SOCIAL

SNDUDABLEMENTE que entre las concausas que han producido en los intelectuales hispanos, esa infecundidad, esa ausencia de originalidad, esa falta de exactitud sólida en las ideas, de que adolece y de que ha hecho adolecer a la mentalidad latinoamericana por la efectividad fatal de la ley de la herencia, figura al lado de esa intolerancia característica que ha trascendido de lo religioso y de lo político hasta lo científico, al lado del polemismo exaltado y de esos entusiasmos de los comienzos de la labor empeñada que decaen luego como un apagamiento, al lado de esas otras concausas figura, digo, una dolencia más moderna, reflejo de las formas estragadas de la vida social contemporánea; me refiero al literarismo morboso.

En esa edad temprana de los tejidos nue-

vos, de rica combustión orgánica, en que las impresiones adquieren un vigor vibratorio intenso, en que no cesa de ejercer su acción sobre la sensibilidad ni por un momento siquiera, con la fuerza de las ideas y recuerdos, la inteligencia, observaremos al joven estudioso con qué entusiasmo se consagra a la lectura de las enfermizas literaturas modernas, cómo le va siendo imprescindible el recibir las impresiones que le acribillan su fresco espíritu y cómo su alimentación mental no llega a ser sino subjetivismos de novela, convirtiéndose en verdadera esa falsa necesidad intelectual que consiste en sentir, en uno como paraíso artificial, repentinos cambios en la intensidad, velocidad y dirección de los sentimientos. Este fenómeno inductivo de la literatura operándose de continuo en su naturaleza emocionable, poco a poco va produciéndole un desgaste nervioso en la sensibilidad trayéndole en consecuencia un debilitamiento de la voluntad para la lucha en las realidades de la vida; puesto que los hechos humanos, por una ley que la psicología contemporánea ha formulado, no llegan a efectuarse si la idea no ha sido arrimada al calor del sentimiento.

Notaremos además que la joven inteligencia pierde el equilibrio en su uniformidad, debido a un desarrollo excesivo de la imaginación, que ha ido paulatinamente menguando la medida de la normalidad y llenándola de todas las inquietudes del desorden.

Puede también suceder que el sentimiento en lugar de disminuir llegue a un desenvolvimiento exagerado. En este último caso el sentimiento padece de conmociones violentas ante esos incidentes de la vida práctica que demandan acción inmediata, conmociones que en vez de estimular la voluntad, la sofocan perturbando además las ideas, de donde, y como consecuencia, aparecen los irresolutos. En el primer caso patológico los concomitantes fisiológicos experimentan una menor o mayor depresión, en el segundo una intensidad irregular.

La ley de la supervivencia de los más fuertes en la lucha por la vida se cumple por modo incontrastable en esta subfamilia de la sistemática literaria.

Veamos cómo es este carácter en sus intimidades:—La monotonía de las cosas diarias que pasan en torno suyo, le produjeron un odio por lo natural. Todo lo práctico

lo encontró vulgar, casi asqueroso. Para su mano, no es ni el termómetro del médico, ni el protocolo del notario, ni el código del abogado, ni la brújula del agrimensor, no, para su mano, la pluma, la pluma que vierte todas las disonancias de su tonalidad mental en las columnas de una revista *de arte*. Viene entonces la fecundidad de artículos literarios que hace que exceda la oferta a la demanda.—Aparecen las grandes esperanzas.

La lectura y producción literaria imprimen a la sensibilidad un movimiento febril que la obliga a recorrer prematuramente toda su trayectoria; de ahí la fatiga sensitiva en todas sus formas (desconfianza de las propias fuerzas, spleen, tendencia al suicidio), de ahí las románticas melancolías que los *versistas* creen privilegio de ellos exclusivamente y que no son otra cosa que disminuciones de la fuerza de querer y del vigor de asociar ideas.

La atención no considera perspectivas en aquellos puntos de vista que irrogan examen, es una atención inquieta, de sesgado vuelo, incapaz del análisis y la generalización de la del hombre de ciencia, cosa que requiere fuerza de fijeza; por eso, estos pe-

queños escritores permanecen apartados de la Ciencia, si no ha sido que la misma Ciencia los había ya arrojado al Taigeto del *revistismo* (me refiero al revistismo vacío y sonoro).

En los momentos que anteceden a la decisión vencedora se agolpan a este cerebro un tumulto de ideas varias, que no es sino un polideísmo morboso sin ningún poder motor sobre la voluntad; muy al contrario, la nulifica. De ahí el hombre sin carácter, el incapacitado para la vida práctica y para el triunfo de la acción.

Ya lo tenemos en el campo íntimo de la vida, veámoslo ahora en el campo literario. En ninguna de sus *fantastas*, de sus cuentos, en fin, en ninguna de sus producciones artísticas, el observador crítico encontrará un carácter humano profundizado; y ¿qué importancia van a tener entonces estas frecuentes obritas que aparecen aquí en latino-América, tan primorosamente encuadradas y tan impropriamente calificadas de modernistas?

Porque es indudable: la trascendencia humana de un carácter y el valor artístico de una obra son los términos de una proporción que plantea la Crítica.

Si tratamos de estudiar el estilo, encontraremos que no lo hay, pero sí en su sustitución, algo que pudiera llamarse *el tono* y que no es otra cosa que el afán de adjetivar e imaginizarlo todo, acumulando en la obra tantísimos colores y matices, que el resultado es, como en el disco de Newton, la monocronía inexpresiva.

La Crítica ceñuda revienta de risa cuando se pone a considerar cómo se agrupa en torno de la manifestación original del genio, este tropel vulgar de pequeños escritores, que creen llegar a imitarla cuando no ha hecho otra cosa que copiar los errores y defectos de aquella, exactamente como si para aprender a ser sol se comenzase por adquirir las manchas! Es que el error es tan humano, que hasta cuando es del genio es imitable por los demás hombres.

Esta subfamilia de la sistemática literaria, como decía antes, no significa ningún provecho social. «Dar a todos la facultad de ser artistas es perjudicial para el orden social» dice Tolstoi.

El orden mental, poderoso agente educativo, no intervino en el desarrollo de esas inteligencias. Ellos se llaman entre sí *sensitivos exquisitos*. En efecto, es indiscutible

que lo son. Ay! Pero indiscutible es también que lo sentimental es lo estéril: allí donde se siente más, existe el dolor, porque hace falta la acción vencedora en las luchas por la existencia.

«La naturaleza no es un templo sino un taller y el hombre un obrero» ha dicho Turgueneff.

TUS MANOS

DH, tus manos! de tanta belleza, de tanta suavidad, de tanta palidez! Esas, esas manos que abren el breviario y luego lo sostienen ante la divina constelación de tus ojos, en tanto lees, piadosa y devotamente, sus páginas palpitantes de beatífica ternura, ¡oh lee, lee en mi corazón, abre este breviario de amor, lee también sus páginas llenas de unción hacia tí.

Tus manos, cuyos dedos despiertan del piano con sus golpecitos sabios, dormidos mundos de armonía, adonde tu espíritu, en su revolotear, liba néctares indecibles de dulzura, de cada vals, de cada scherzo, de cada trozo de ópera, como flores cuyos pétalos son acordes y arpegios y cuyo perfume —ya intenso, ya suave,—da la sensación de una tristeza lejana, envuelve al alma en la penumbra de una silenciosa gravedad, o bien, —vaporoso y ligero,—hace brotar rien-

tes oleajes de alegría que incitan al baile, a la charla, al bullicio festivo y jovial.

¡Oh tus manos jazmíneas que deshojan margaritas en el jardín, que colocan violetas en el vaso de agua que pones en la ventana de tu alcoba!

Esas manos en que reclinas tu cabecita, cuando piensas o recuerdas, que sumerges en las oscuras ondas densas de tus cabellos!... tan bellas! como destinadas a tejer guirnaldas de rayos de maravillosa luz para los Dioses, tan suaves! como cubiertas de seda purísima, tan pálidas! como teñidas de fulgor lunar... si yo os oprimiera y os besara... sentiría vibraciones de caricia de lo divino!...

Enero de 1900.